

Elena HERNÁNDEZ SANDOICA: *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*. Madrid, Síntesis, 1995, 301 pp.

Este libro constituye, a mi modo de ver, una de las mejores aportaciones de conjunto, debidas a un autor español, a cuestiones —hoy tan vitales a la vez que complejas— como la teoría, la metodología y la historia de la historiografía.

No es, desde luego, este libro, como la misma autora lo advierte en las páginas introductorias de su obra, «un tratado de historia, ni un manual siquiera»: no ha tratado la autora de «aprovechar esta ocasión para convertir las páginas siguientes en unas instrucciones de uso, en unas recomendaciones propedeúicas sobre el mejor medio y manera de aprender y ejercer el oficio de historiador». La autora espera, sin embargo, que su obra proporcione a los estudiantes de Historia un punto de partida para bregar con los problemas básicos de la disciplina científica que han elegido (pp. 7, 9).

Creo, como Elena Hernández Sandoica, que en una comunidad científica como la que forman los historiadores españoles, la reflexión teórica no suele parecer necesaria para el ejercicio empírico que practicamos, y que —por esta y otras razones— «no se halla preparada aún del todo, en su conjunto (...) para asistir de pleno derecho al actual debate metadisciplinar sobre el conocimiento histórico, su naturaleza y sus problemas» (p. 9). El libro que comento muestra que, evidentemente, en este panorama existen excepciones, y que sólo la barrera lingüística (la publicación en español no constituye, lógicamente, ningún problema para el hispanista, pero sí para el investigador interesado en cuestiones de teoría, metodología e historia de la historiografía) impedirá, mientras no se supere, que contribuciones como la de Hernández Sandoica tengan su lugar, por derecho propio, en los foros internacionales apropiados.

Dicho esto, conviene quizás hacer una observación en torno a la estructura de la obra. Por dos veces (pp. 11, 21), la autora propone al lector un camino para su navegación por las rutas de su propio libro distinto al elegido finalmente por ella. De los cinco capítulos en que se divide la obra, la profesora Hernández Sandoica sugiere que podría comenzarse la lectura por el último, que trata de la formación y trayectoria de la historia como una disciplina científica. A continuación habría que leer el capítulo cuarto, que aborda los fundamentos epistemológicos, conceptuales y metodológicos de la disciplina. La «historia colectiva de la historiografía occidental» (p. 21) en los siglos XIX y XX se comprendería mejor leyendo, finalmente, los tres primeros capítulos. De haber optado finalmente por esta segunda propuesta, hubiera resultado muy estimulante introducir un capítulo final aprovechando las consideraciones hechas en el capítulo primero sobre modernidad y postmodernidad y sobre los «retornos» (del sujeto, del relato, de la narración), en el segundo sobre la relación entre la historia y las ciencias sociales, y el epílogo, titulado «los desafíos actuales de la historiografía». Pero las dificultades de lectura que pueden plantear estas opciones hechas por la autora resultan de muy poca entidad comparadas con las propuestas y posiciones —muy bien argumentadas— que expone a lo largo de todo el libro.

En este sentido, me parece importante, en primer término, su reconocimiento del actual pluralismo —o fragmentación— de las aproximaciones epistemológicas al saber histórico (pp. 228-9) sin perjuicio de la permanencia de unas bases comunes (p. 133). Importa también su reiterada —y la reiteración es aquí necesaria, porque el asunto es vital— insistencia en la necesaria importación de conceptos, por parte de los historiadores, de las más diversas ciencias humanas y sociales. Importa, por último, su apuesta por un planteamiento metodológico que va más allá de la dualidad comprensión/explicación, como mostraría —entre otros— Paul Ricoeur.

En cuanto a su exposición de la evolución de la historiografía contemporánea, destaca en la obra de Hernández Sandoica una información muy actualizada (que, sin embargo, no excluye el análisis de las raíces de algunos de los movimientos más recientes) y una matizada y argumentada valoración de los diversos movimientos historiográficos que se presentan, sin acogerse al «dudoso derecho a omitir el debate» (p. 25).

El tratamiento que en el epílogo de su libro hace la profesora Elena de los «desafíos actuales de la historia» (pp. 282-290) da, a mi modo de ver, en el blanco. Dos son para ella los principales desafíos de la historia hoy: el de la historiografía postmoderna y el del retorno a «la filosofía del sujeto libre» (p. 283), especialmente puesto de manifiesto en la «nueva» historia política francesa. En cuanto al primer asunto, comparto plenamente la posición de la autora: aunque con dificultades<sup>1</sup>, el

<sup>1</sup> Como se comprueba cuando se leen intentos de sistematizar la teoría de la historia postmoderna como los de Robert F. Berkhofer, Jr., [*Beyond the Great Story. History as Text and Discourse* (Cambridge, Mass., The Belknap Press of Harvard University Press, 1995)] o Frank Ankersmit y Hans Kellner [(eds.), *A New Philosophy of History* (Londres, Reaktion Books, 1995)], que muestran lo que se venía advirtiendo, menos claramente, ya en las primeras manifestaciones de la historiografía postmoderna: la estrecha relación entre el idealismo filosófico de comienzos del siglo XIX y la plena historización de todo lo humano, uno de los principales vectores del pensamiento postestructuralista.

«giro lingüístico» y todo lo que lleva consigo y lo acompaña es compatible con la búsqueda de la verdad (de una verdad —y creo interpretar bien a la autora cuando utiliza este término con esta expresión— que es «la verdad de las cosas». sí, pero a la que se acerca un sujeto cognoscente que previamente ha convertido la «cosa» mostrenca en «objeto»).

En el segundo caso, pienso que la autora estaría de acuerdo conmigo en que entender la historia como ciencia social y afirmar que «los individuos se hallan siempre ligados por relaciones de dependencia recíprocas, sean éstas visibles o no lo sean» (a la manera de la vieja «historia estructural»), no debería impedir dar un paso adelante —frente a toda dicotomía simplista—, en la línea abierta hace ya tiempo por Michel Crozier, que permita analizar la relación entre «los actores y el sistema».

En definitiva, la obra de Elena Hernández Sandoica es a un tiempo reflexiva y provocativa y, por tanto, difícil y apetitosa para el lector. No podía ser menos, si se tiene en cuenta que la labor del historiador, tal como la entendemos a finales del siglo xx, es apasionantemente compleja. Es un oficio para historiadores con un sólido fundamento en las ciencias humanas y sociales; para historiadores conscientes de las muchas formas de mediación que les separan y al mismo tiempo les unen a la realidad del pasado, siempre conscientes de la necesidad de reflexionar constantemente sobre su trabajo, de definir sus escalas de observación y de perfeccionar sus técnicas analíticas; para historiadores sensibles a los grandes problemas de los hombres de hoy y de todos los tiempos, al mismo tiempo que conscientes de las consecuencias de largo alcance que la imagen del pasado que proyectan puede tener para el presente y el futuro de las sociedades de las que forman parte.

Los historiadores de hoy deben integrar en su trabajo las perspectivas del «insider» y del «outsider», las técnicas «macro» y «micro»: deben tener en cuenta tanto la libertad de la persona como los factores del sistema que la condicionan; no pueden olvidar en sus construcciones la relación entre los diferentes tiempos y territorios de la historia que, en definitiva, es una y deben ser capaces de combinar en ellas la racionalidad metódica con la sensibilidad estética.

Siempre alertas frente a cualquier «ismo» simplista pero con convicciones antropológicas y éticas firmes, ancladas en la creciente conciencia de la dignidad de la persona humana, con todas las exigencias que de ella se derivan, los historiadores de hoy deben, naturalmente, evaluar el presente pluralismo de la comunidad historiográfica, conscientes de que dicho pluralismo no equivale a una aceptación acrítica de modas —pasajeras, por definición— y de que, aunque de hecho, como afirma Hernández Sandoica, la disciplina de la historia parece haberse instalado por un tiempo largo en un «estado sincrético» (p. 290), el camino —en un tiempo largo también— no es —como ella misma afirma en múltiples ocasiones— el del sincretismo sino el de la investigación y síntesis metadisciplinarias.

Todo ello conforma, sin duda, un panorama complejo, basado en una multiplicidad de presupuestos coherentes entre sí. ¿Es éste un ideal inalcanzable? Mas, ¿no son «ideales inalcanzables», como el de la historia total o el de la historia universal, los que siempre han espoleado a los historiadores a avanzar en su

conocimiento del pasado y del hombre mismo? En cualquier caso —y así lo ha hecho en este magnífico libro Elena Hernández Sandoica—, no nos podemos acoger al derecho de omitir el esfuerzo de reflexionar sobre este conjunto de retos, a no ser que no nos importe dejar de ser historiadores para convertirnos, como decía Henri Irénée Marou, en «insectos especializados».

*Ignacio Olábarri Gortázar*

Catedrático de Historia Contemporánea  
de la Universidad de Navarra

**José-Manuel CUENCA TORIBIO:** *Parlamentarismo y antiparlamentarismo en España*. Publicaciones del Congreso de los Diputados, Madrid, 1995, 549 pp.

La obra del profesor José-Manuel Cuenca Toribio es, pienso, la más completa —quizás la única— historia del parlamentarismo español. Que el estudio de las vicisitudes de nuestra más importante institución democrática se haya demorado hasta las postrimerías de este siglo es, de por sí, síntoma de una grave carencia historiográfica. Si bien, en este punto, la ciencia histórica parece reflejar nuestra consciencia política colectiva. Así se infiere de un juicio pesimista del autor, situado en el pórtico de su investigación: «Más que ninguna otra, la institución parlamentaria debiera sentirse envuelta por el interés y la simpatía de los ciudadanos. Pero no ha ocurrido así en ningún período de nuestra historia; y tal situación no parece llevar trazas de cambio en los tiempos que corren» (p. 13).

Como el autor anuncia, su designio estriba en ofrecer un panorama crítico de la literatura estrictamente parlamentaria, es decir, la debida a los cronistas de las Cortes, y, asimismo, la que se desprende de los tratados históricos y ensayos sobre la vida y funcionamiento de la Cortes españolas contemporáneas. Para el logro de este propósito distribuye la materia incluida en el libro en cinco capítulos, que corresponden a caracterizados momentos históricos de nuestro devenir parlamentario. El primer capítulo abarca el período que media entre las Cortes de Cádiz y la «Gloriosa». En el segundo, se exponen los avatares de nuestro parlamentarismo en la segunda etapa del siglo XIX y en su prolongación hasta la Primera Guerra Mundial. El tercer capítulo analiza la etapa de entreguerras, o sea, la que transcurre entre el primer conflicto mundial y el inicio de la Guerra Civil española. La crisis letárgica y la adulteración del parlamentarismo durante el régimen de Franco constituye el argumento abordado en el cuarto capítulo. La obra se cierra con un quinto capítulo dedicado al parlamentarismo de la España actual, una vez recuperadas las instituciones democráticas, así como las actitudes sobre el parlamentarismo que caracterizan nuestro presente político.

No ensayaré el inviable resumen de estos capítulos. Cada uno de ellos es tan rico en documentada y erudita información, que tratar de resumirlos obliga a ad-